

**El pueblo (no siempre) es sabio**

Estando, como estamos, en período electoral, sería un suicidio político decir que “el pueblo no es sabio”. Esta frase es la que se podrá escuchar en boca de algunos miembros de partidos que atisben un futuro nada prometedor a la vuelta de los comicios y sus inmediatas consecuencias.

Lo curioso es que tal afirmación no estaba en las mismas bocas cuando los escenarios pintaban otro color y la victoria electoral era entonces propicia. O sea, que, al final, dicha muletilla, precisamente por serlo, ni es verdad ni es mentira.

Pero, y los que no nos la estamos jugando electoralmente hablando, ¿qué pensamos al respecto? El pueblo, ¿es sabio o ignorante? Ciertamente, es muy comprometido responder... porque ni tan siquiera estoy seguro de que, ahora mismo, podamos afirmar que “el pueblo” tenga conciencia de sí mismo y pueda ser sujeto que, consciente y voluntariamente, intervenga en el proceso.

En nuestra moderna sociedad, en la que ha triunfado el Pensamiento Débil –lo cual sorprende, pues la pretensión en sí de tal corriente es que ninguna domine a las demás-, la huida de la búsqueda de modelos ha acarreado que “los líderes” sean los que nada tienen que decir... porque no proponen modelos creíbles ni realizables para el común de los mortales.

Uno, que cobra nómina por “clavar codos” y tiene claro que la sapiencia no se puede alcanzar, sino que es la utopía que nos espera en el horizonte del estudio y la reflexión, se atreve a lanzar una afirmación: no, el pueblo no es sabio.

Y no baso mi respuesta en un detallado estudio de encuestas que nos manifiesten que, a la hora de ir a depositar el voto, el número de personas que han leído, al menos, el programa de un partido es muy bajo... ¡es que no alcanza a una de cada cien las personas que se lean los programas de, al menos, dos partidos! Y si queremos “saber”, ¿cómo no nos leemos los programas de, al menos, tres partidos distintos!

Está claro que la mayoría me diría que “es muy aburrido... ¡pero me jode que me digas ignorante!”. Pues eso es lo que hay: que transformar la realidad no se puede hacer delegando la responsabilidad personal. Es curioso: el ciudadano que pone a parir al político no resulta ser, en absoluto, el que maneja información. Pero, eso sí, maneja mucha habladuría.

Uno, que forma parte de (al menos dos) colectivos donde la organización no es democrática (en el sentido de “una persona, un voto”) –la Universidad es académica y la Iglesia Católica es apostólica-, a lo que más puede aspirar es a que la única organización cuya pertenencia le viene dada, sí sea democrática... ¡que es más complicado que ser sabia!

Fecha: 13/03/12

*Enrique de Amo*  
*Decano Facultad de Ciencias Experimentales de la UAL*